

de Iztapalapan hasta llegar á la de Tacuba, causando graves daños á los sitiados. Mientras él con la infantería y los aliados sembraba la muerte y el terror, en el punto por donde acometia, los bergantines y canoas marchaban por dos partes, incendiando y destruyendo los edificios próximos al agua. Se singularizaban por su osadía y encono contra los mejicanos, los habitantes de Xochimilco, de Cuitlahuac y de los demás pueblos de la laguna que se habian confederado últimamente con Cortés. Conocedores del terreno, penetraban con sus canoas en todas partes y ponian á saco las casas de los sorprendidos habitantes, entregándolas luego á las llamas.

Terrible era el daño que los mejicanos recibian de los bergantines. No eran únicamente los estragos que causaban en los edificios los que resentian los sitiados, sino también los que resultaban de la constante vigilancia que desplegaban para impedir que las canoas entrasen con víveres en la ciudad. Dia y noche andaban al corso algunos bergantines por diversos rumbos del lago, dando caza á las embarcaciones mejicanas. Guatemotzin, viendo el buen resultado que dió, algunos dias antes, la celada puesta á los bajeles, dispuso otra que produjese iguales ventajas á su escuadra. Hizo que se ocultasen en unos espesos carrizales que abundaban en muchas partes del lago, cuarenta piraguas con buenos remeros y excelente gente de guerra. Para evitar que las balas de los arcabuces hicieran daño, se pusieron á las piraguas gruesos tablones, tras de los cuales se parapetaban los guerreros. Dos canoas mercantes se presentarian de modo que pudiesen verlas alguno de los buques de Cortés, y entonces, fingiendo que llevaba víve-

res, huir hacia donde estaba la celada, á donde sin duda le seguirian. Todo estaba dispuesto para lograr el objeto. Una casualidad hizo que el caudillo español tuviese noticia de lo dispuesto y que sacase de ella grandes ventajas. Acababa uno de los bergantines de capturar una canoa en que iban dos mejicanos principales. Por ellos supo Hernan Cortés la celada que le tenian dispuesta. Inmediatamente dispuso él otra en que cayesen las mismas piraguas escondidas. Al llegar la noche hizo que se dirigiesen seis bergantines, con el mayor silencio, á otros espesos cañaverales que se encontraban á corta distancia de donde estaban las embarcaciones enemigas, y que se ocultasen perfectamente entre el ramaje. Al brillar la luz del siguiente dia, ordenó que un bajel de los que cruzaban el lago, pasase por el rumbo en que estaban las piraguas; pero á bastante distancia, fingiendo andar vigilando que no entrasen víveres en la ciudad. En aquellos momentos aparecieron las dos canoas dispuestas por los mejicanos para conducir á la celada al bergantin. Al verlas, corrió tras ellas, como anhelando alcanzarlas; pero, al llegar cerca del cañaveral, que estaba ya cerca de tierra, manifestó recelo de continuar persiguiéndolas, y se detuvo como dudando de lo que debia de hacer. Luego manifestando temor, empezó á retraerse despacio, aunque aparentando prisa. Al notar las piraguas que se retiraba, salieron á todo remo á darle alcance. Los marineros del bergantin, simulando miedo, marchaban, como huyendo, hacia el sitio en que se hallaban ocultos los seis bajeles. Las piraguas, acompañadas de otro gran número de canoas, corrían en su alcance. Los del bergantin perseguido, dispa-

raron entonces algunos arcabuces, como si tratasen de evitar que los abordasen. Los mejicanos creyeron segura la captura del barco, pero se equivocaron. Los tiros eran la señal convenida; y al escucharlos, salieron del cañaveral los seis bergantines, haciendo horrible estrago en las piraguas mejicanas. Casi todas fueron destrozadas y echadas á pique. Los guerreros que en ellas iban, perecieron en su mayor parte, y los demás cayeron prisioneros. Este golpe terrible, hizo que no intentasen los sitiados nuevas celadas por el lago.

Continuaba abrigando el general español la esperanza de que con los daños que causaba á sus contrarios, les decidiria á que solicitasen la terminacion de las hostilidades, sin necesidad de llevar al último extremo la lucha; pero los dias pasaban, y la decision de los sitiados en vencer ó morir sepultados entre los escombros de los edificios, se manifestaba cada vez mas marcada.

Habian transcurrido veinte dias de continuos combates y entradas en las calles, y el fin de la lucha parecia hallarse á igual distancia que al principio del sitio. Cierto es que iban faltando los víveres á los sitiados y que empezaba á dejarse sentir entre ellos con algun rigor el hambre; pero no era mucho mas lisonjera la situacion de los españoles. Obligados á vivir de noche y dia en la intemperie, sufriendo cotidianamente los torrentales aguaceros sobre el fangoso terreno en que, por decirlo así, se hallaban enterrados; sin chozas en que guarecerse, excepto los soldados del campamento de Cortés, que contaban con las construidas por los aliados de las poblaciones situadas en las márgenes del lago; sin mas alimento que el maíz, la

yerba llamaba *telique* y las tunas ó higos chumbos; no teniendo un solo instante de descanso; durmiendo con sus armas y combatiendo á todas horas contra numerosos escuadrones, la vida de ellos, repito, no era mas lisonjera que la de sus contrarios.

Aunque constantes y sufridos por naturaleza los españoles, anhelaban dar pronto término á la empresa comenzada. Creian que esperar á que la necesidad obligase á los mejicanos á solicitar la paz, equivalia á prolongar el sitio hasta una fecha remota. Sabian que se habian hecho por Guatemotzin grandes acopios de maíz, y que bastando á los frugales mejicanos muy reducida cantidad para vivir y guerrear, esperar á que se rindieran por hambre, equivalia casi á renunciar á la toma de la ciudad.

Varios oficiales y soldados, mirando lejano el triunfo si no se hacia un impulso para atacar á los sitiados en su mismo cuartel general, importunaban á Hernan Cortés, pidiéndole que se determinase á dar el asalto al mercado de Tlatelolco, que era el sitio en que se hallaba el emperador con las fuerzas mayores del imperio. El general español, conociendo las dificultades de la empresa que le proponian, procuraba disuadirles de su pensamiento; pero la opinion general estaba por que se aventurase el todo á la decision de una batalla, y nada era capaz de hacerla cambiar. La plaza de Tlatelolco, rodeada de espaciosos portales y de vastos edificios, proporcionaria al ejército español cómodos alojamientos para guarecerse de las lluvias, y una vez arrojados de ella los sitiados, la defensa del resto de la ciudad, seria cuestión de breves dias.

Los que veian en la toma del mercado de Tlatelolco la

terminacion del sitio, encomendaron al tesorero Julian de Alderete, que inclinase el ánimo de Cortés á dar el asalto. Era Alderete persona muy considerada en todo el ejército, no menos por su elevado rango, que por su talento, su valor y ardiente celo que habia manifestado siempre en el servicio. Hernan Cortés trató de excusarse; pero viendo que el tesorero afirmaba que aquella era la opinion de todo el ejército y que, en su concepto, debía obsequiarla, el general resolvió nombrar una junta de capitanes para que se resolviese el punto (1). Reunido el consejo de oficiales, el general español expuso los inconvenientes que presentaba el proyecto de atacar en aquellos momentos el mercado, palacios y *teocallis* de Tlatelolco; pero la mayor parte de la oficialidad, manifestó, en contestacion, que eran preferibles los peligros de un combate que resolveria pronto la cuestion, á los padecimientos que sufría el ejército, y que se prolongarian indefinidamente. Habló el tesorero Alderete, apoyando el pensamiento de atacar el mercado; y creyendo Hernan Cortés que la prudencia exigia aceptar la opinion de la mayoría, resolvió obrar de acuerdo con ella, por mas que no juzgase la mas acertada.

Aceptado el parecer general, se fijó el dia para el asalto. Para que diese un buen resultado, el caudillo español ordenó á Gonzalo de Sandoval que el dia convenido, deja-

(1) «Y como yo me excusaba, el tesorero de V. M. me dijo que todo el real afirmaba aquello, y que lo debía de hacer... Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haría en este caso lo que yo pudiese, concertándome primero con la gente de los otros reales.»—Tercera carta de Cortés.

se emboscada una fuerza de caballeria cerca de su campamento, y que él, con diez ginetes, cien soldados de espada y quince de arcabuz y ballesta, se marchase al real de Alvarado, llevándose los bagajes. De esta manera, los mejicanos, creyendo que levantaba el asedio, saldrian á perseguirle, y entonces cayendo sobre ellos la fuerza de caballeria emboscada, podria destrozarlos: Hecho esto, la division de Pedro de Alvarado y la de Hernan Cortés, atacarian simultáneamente por sus respectivos puntos la plaza, dirigiéndose al mercado de Tlatelolco. Gonzalo de Sandoval debía, despues de derrotar al enemigo por el ardid proyectado, emprender el asalto á la ciudad por el rumbo que le correspondia, pero en direccion tambien al mismo punto de Tlatelolco. La primera providencia de Pedro de Alvarado, segun las instrucciones del general, era cegar el ancho foso en que pocos dias antes habia sufrido el descalabro. Para facilitar la operacion de la toma y paso del expresado foso, debía hacer uso de los bergantines que tenia á su disposicion.

El general español volvió á recomendar á sus capitanes que no avansasen un solo paso, sin haber cegado antes las cortaduras y puentes que ganasen, á fin de que la caballeria pudiese maniobrar libremente, quedando segura la retirada.

Desde aquel momento, todos esperaron con impaciencia la hora del asalto.